

EL MONTAJE DE LOS DESMONTES

Carlos de Onésimo

La minería leonesa del carbón se muere. Pero no agoniza sola: la agricultura y la ganadería la acompañan. Las tres actividades económicas claves de la provincia de León desaparecen, por lo menos de la manera en que las conocemos actualmente. El futuro de la provincia resulta, por ello, preocupante; con un alto porcentaje de la población envejecida y los jóvenes sin perspectivas de trabajo, es previsible que la demografía caiga en picado en las próximas décadas. Es triste, pero inevitable: las circunstancias han cambiado y lo que antes resultaba rentable, ahora ya no. Podría conseguirse mantener una actividad agrícola y ganadera con algunos cambios, pero no la minería del carbón. Con precios de extracción muy superiores a los de otras zonas como Eslovaquia o Sudáfrica, sólo procede mantener con fondos públicos algunas explotaciones subterráneas, las más seguras y rentables, por razones estratégicas: para que estén disponibles en una hipotética situación de crisis energética. Por este mismo motivo deberían conservarse las capas fácilmente extraíbles desde el exterior, que no exigen técnicas de explotación especializadas, las que se extraen por el método conocido como "de cielo abierto". Es decir, lo contrario de lo que se está haciendo, porque la minería del carbón a cielo abierto prolifera por doquier, sin control, especialmente en la mitad occidental de la provincia. ¿Por qué? ¿Es que resulta rentable, al contrario que la subterránea? ¿O es que el dinero que subvenciona a ésta se "desvía" hacia estas explotaciones? El hecho es que el desmoronamiento empieza a ser monumental, y hay extensiones enormes convertidas en auténticos paisajes lunares, que nunca van a ser restaurados, entre otras razones, porque es materialmente im-

posible hacerlo. Y hay una clara responsabilidad de las administraciones implicadas, ayuntamientos y Junta de Castilla y León (que miran frecuentemente hacia otro lado consintiendo auténticos desastres ecológicos), porque los parajes destruidos forman parte de un patrimonio natural por cuya conservación tienen obligación de velar; porque en muchas ocasiones las explotaciones están rodeadas de irregularidades de todo tipo; porque casi siempre se encuentran en zonas que albergan —y la Junta debería saberlo— especies en peligro de extinción, como el oso pardo el lince o el urogallo, lo que las convierte, directamente, en ilegales; y porque están permitiendo que una actividad agonizante esté acabando, en gran parte, con la mayor parte de las posibilidades de otra naciente, el turismo rural, que necesita parajes bien conservados y que, aunque no va a ser ninguna panacea, permitirá en muchos casos mantener cierta población en las zonas rurales y traerá alguna riqueza a territorios que, de otra forma, resultarían abandonadas en unos años.

Los que visitamos con frecuencia la mitad occidental de nuestra provincia asistimos con rabia e impotencia a este progresivo deterioro consentido. La fotografía que acompaña al texto muestra el espectacular impacto que esta actividad tiene sobre la naturaleza, mucho más que la tradicional minería subterránea. Es un tema preocupante que ha causado y sigue causando un daño irreversible al patrimonio natural de la provincia, tal es su capacidad destructiva. Todo lo que acabamos de comentar se explica pormenorizadamente en el siguiente artículo (publicado en la revista «El Ecologista» -primavera 2002-). Algunos datos utilizados en las líneas anteriores han sido tomados del mismo.

Que las explotaciones tradicionales, subterráneas, de carbón alteran el entorno es algo conocido. Además de la propia bocamina o la torre del pozo minero, aparecen multitud de infraestructuras, caminos, líneas eléctricas, escombreras, ferrocarriles, lavaderos, balsas, líneas de transporte de baldes, y multitud de edificaciones, cuartos de aseo, talleres, almacenes, hasta poblados enteros de nueva planta construidos para los mineros.

La explotación subterránea del carbón, desde finales del siglo XIX, ha formado el paisaje y el urbanismo de lo que podríamos llamar, por poner una etiqueta, *valles mineros*. Los valles mineros tienen, perdónenme las comparaciones, paisajes y paisanajes comunes, reconocibles en Asturias, León, Palencia o Teruel, y aun en Gales, Silesia o Kentucky.

Los que hemos nacido y crecido en uno de estos valles, que de alguna manera somos también un producto de las minas, tenemos en este paisaje muchos de los objetos de nuestros afectos, y somos sensibles al equilibrio que se mantiene entre una mina y la montaña que la rodea. En esas montañas estamos nosotros y nuestros animales, los prados, los bosques y los huertos, el agua que bebemos y el aire que respiramos.

Tenemos, por lo dicho, muchos motivos para estar sensibilizados ante la amenaza de las explotaciones del carbón de montaña a cielo abierto, o contra los mejor llamados *desmontes*. Los desmontes suponen la negación del equilibrio con la montaña, porque consisten sencillamente en aniquilarla. Aunque las

empresas explotadoras se comprometen a repoblar los terrenos masacrados, estas repoblaciones se limitan a operaciones de maquillaje que aumentan la superficie del desastre. Se extienden los taludes de escombros para disminuir la pendiente y cubrirlos después con suelo arcilloso. Por último, se siembra por aspersión con una mezcla de semillas de gramíneas, leguminosas y plantas crasas que rara vez sobreviven al primer invierno.

A la naturaleza le ha costado millones de años crear y mantener unas especies y unos pocos centímetros de espesor de suelo fértil, capaces de vivir a altitudes entre los 1.200 y los 1.600 metros, con pendientes medias de 35º, en las que las precipitaciones potencialmente lo arrastran todo. Si de verdad las autoridades obligasen a estas empresas excavadoras a una recuperación integral del paisaje, los gastos serían mucho mayores en todos los casos que los beneficios declarados por la producción de carbón. Un ejemplo, un poco interesado: con precios en Madrid un kilogramo de antracita para calefacción cuesta unas 25 pta., una plantita de brezo de 15 cm de alto cuesta 500, y un plantón de abedul de unos tres años de edad 10.000 pta.

RAZONES DE ESTRATEGIA

En contra de los cielos abiertos están no sólo las razones medioambientales, está la negativa mayoritaria de los habitantes de los valles, ya seamos ganaderos o no, y de los propios mineros de interior que han defendido la supervivencia de la minería subterránea por

motivos estratégicos. Los desmontes suponen también una negación de las políticas de explotación estratégica del carbón nacional. Para explicar este punto vamos a hacer algo de historia.

Las explotaciones tienen su ciclo vital, hay un día en el que el mineral se acaba, o deja de ser rentable, y las minas mueren. En la minería del carbón española la agonía dura ya 25 años. Desde de los años setenta, los valles mineros llevan conviviendo con el final anunciado. Con los precios internacionales del carbón, el carbón español no es rentable y, además, es de los más contaminantes (el carbón español tenía en 1996, por ejemplo, precios entre 13.000 y 30.000 pta./tonelada, mientras que el eslovaco y el sudafricano costaban 5.000 y el australiano 6.000).

El paro, los cierres temporales, las jubilaciones anticipadas, la subcontratación y otras prescripciones facultativas no han impedido que en algunas poblaciones la minería sea ya un oficio para el recuerdo. Quizá faltó el valor y la inteligencia política para haber sabido administrar correctamente la eutanasia a la minería del carbón, y reconvertir de verdad los valles mineros, pero esto era muy difícil, sobre todo en los años 80 con la crisis industrial y el aumento del paro.

Con el ingreso en la CE y la integración en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, se ha pasado por varios sistemas de subvenciones para sustituir los antiguos precios fijados administrativamente. Primero fue el NSCCT (Nuevo Sistema de Contratación del

Carbón Térmico), que garantizaba la compra de la producción subterránea por parte de las eléctricas a un precio de referencia (en torno a las 8.000 pta./t), las empresas con costes de producción por encima del precio de compra, es decir todas, recibían de las eléctricas un suplemento por la diferencia entre el precio de venta y el coste de producción, con el compromiso de acometer planes de viabilidad económica en las minas. Esta situación dará origen, unos años después, al Real Decreto 2203/1995, es decir, al 5% cobrado por las eléctricas directamente en el recibo de la luz, para ayuda a la minería del carbón.

Después del NSCCT, otros planes se han sucedido parcheando la incapacidad de las empresas para modernizarse y producir a precios competitivos, hasta llegar a la aprobación en 1996 en la CEE de normas comunes para el Mercado Interior de la Electricidad. En este nuevo Plan del Carbón, alegando razones de seguridad de abastecimiento, se reserva a los Estados miembros la posibilidad de privilegiar las fuentes energéticas autóctonas garantizando la compra de carbón nacional hasta en un 15% del total consumido.

Y aquí llegamos de nuevo a los motivos estratégicos. La filosofía que justifica ahora las subvenciones es la de que algunas explotaciones subterráneas, las más rentables y seguras, deben mantenerse en producción por estas razones estratégicas. Por contarlo rápido, formar equipos de productores de interior no es sencillo, los trabajos de la mina son muy especializados y necesitan operarios con experiencia. En un supuesto momento de crisis energética mundial, poner en marcha una explotación que estuviese abandonada sería muy complicado sin personal experimentado, y ocuparían meses las tareas necesarias para alcanzar los yacimientos. La conservación de los puestos de trabajo de interior por motivos estratégicos, ha sido una de las reivindicaciones preferentes de los sindicatos durante todos estos años de cierres patronales.

BENEFICIO PARA POCOS

Con esta nueva política de subvenciones algunas empresas bien colocadas, con apoyos políticos interesados, han comenzado a recibir muchísimo dinero, un dinero que no está en función directa de la producción, sino que es función del peso político de la comunidad autónoma en la que se encuentre, o de los planes de jubilación o reducción de actividad que haya emprendido. Hay ayudas, además, a las infraestructuras mineras y a la maquinaria de interior. Hay ayudas, también, para la creación en estas comarcas mineras de cualquier tipo de empresa, sea accesoria a la minería o no. Hay muchas ayudas.

Los empresarios hábiles se ajustan a los mínimos subvencionables. Un mismo empresario puede recibir subvenciones para la jubilación anticipada de obreros con contrato indefinido y, por otra parte, recibir subvenciones por nuevos puestos de trabajo con contratos temporales en empresas accesorias. También puede realizar, con cargo a las subvenciones, nuevas extracciones de interior, que se cierran a los pocos meses sin haber entrado prácticamente en explotación.

Un ejemplo de estas paradojas lo tenemos en la casi extinta Minero Siderúrgica de Ponferrada, hasta hace no mucho la mayor empresa minera de España, de capital privado. La MSP ha pasado de 8.400 trabajadores

la expresión directa del poder absoluto del Grupo Alonso en la región, con la ayuda de Ayuntamientos y de la Junta.

En el valle de Laciana (León), después de los desastrosos desmontes del Puerto de Leitariagosl y el de la Mora, se abrieron tres explotaciones, Carrasconte, Freisolín y Sosas, y se proyecta abrir dos desmontes nuevos en parajes que poseen protección especial por contar con la presencia regular de osos. Hay, además de oseras habitadas, bosques de acebos y robles centenarios a los que afectarán los desmontes y las nuevas infraestructuras de acceso a las explotaciones. Recuerden los lectores que Laciana limita con las reservas asturianas de Somiedo y Degaña-Muniellos.

Los lacianiegos no somos las únicas víctimas del Grupo Alonso. En Guardo (Palencia) se denuncia la ampliación legal del desmonte de Muñeca de la Peña, con la posible complicidad de aquel Ayuntamiento que se negó a denunciar esta explotación, que con un permiso administrativo para explotar 15 hectáreas ya lleva explotadas 45. El Grupo Alonso tiene abierta, además de Muñeca, otra explotación en el Monte Corcos, ha solicitado explotar en este municipio por el mismo procedimiento del cielo abierto otras 306 hectáreas, muchas de ellas cubiertas por bosques soberbios.

Los mismos motivos estratégicos que mantienen la minería subterránea en producción deberían obligar a mantener intactas esas capas extraíbles desde el exterior, por la facilidad con la que podrían ser explotadas por

cualquier equipo de excavación de obra civil en una hipotética crisis energética extrema. Pero mientras esto no ocurra, ¿para qué interesan los cielos abiertos? ¿Se produce en ellos por debajo de las 5.000 pta./t del carbón de importación? Yo no lo creo. Hay demasiados intereses ocultos para poder entender este embrollo.

Hay en este asunto, además de una crisis ambiental, una crisis de democracia. Los habitantes de los valles no queremos las nuevas explotaciones, tenemos la experiencia de las ya explotadas, sabemos los pocos salarios que dan para el daño que causan. Lo hemos expresado en las Juntas Vecinales, en los Ayuntamientos, y en la calle. Pero la borrachera de las subvenciones hace olvidar a los alcaldes las promesas conservacionistas con las que llegaron a los ayuntamientos, prometiendo explícitamente terminar con los desmontes. Han dado carta blanca a las empresas a cambio de unas futuras ayudas al municipio que supondrían, en cualquier caso, mucho menos dinero que una licencia de explotación en cualquier región civilizada.

Aún en este panorama incomprensible de declaraciones de impacto ambiental de trámite, de consejerías del absurdo, y ciudadanos con sólo derecho al pataleo, es muy difícil comprender cómo se puede permitir esta ruina.



Destrozos provocados por la minería a cielo abierto en las proximidades del Barrio de Carrasconte (pueblo de Piedrafita de Babia, municipio de Cabrillanes). La zona tiene, además de un gran atractivo natural, un interés histórico-cultural, debido a la presencia del Santuario mariano de Carrasconte, donde se celebra una romería anual.

en 1975 a unos 1.400 en la actualidad, mientras en sus mismas concesiones, con subcontratas y contratos en precario, crece una empresa nueva en la comarca, la Unión Minera del Norte, que puede ser en estos momentos la mayor empresa minera privada de este país. Ambas empresas forman parte del grupo Alonso, que es propietario, además, de otra antigua gran empresa, el Coto Minero del Sil.

La política de las subvenciones es tan fértil para el grupo Alonso que no sólo le permite aumentar las explotaciones sino también abordar todo tipo de negocios, desde cadenas de televisión en Gijón, a macroproyectos urbanísticos como la construcción de 495.000 m² para viviendas en Ponferrada.

En medio de esta agonía subvencionada de la minería del carbón, atendemos perplejos a la proliferación de nuevas explotaciones de cielo abierto. Los cielos abiertos son rentables para los empresarios, no se sabe si por sí mismos, o porque como el carbón es todo negro, quienes subvencionan el carbón de interior no ponen los medios para saber si se ha sacado de una mina o de un desmonte y todo lo paga el recibo de la luz.

Las explotaciones mineras a cielo abierto en estos valles de León o Palencia suponen